

La cucaracha

—De *El Imparcial*. Guatemala—

A media noche llaman a un cura para ir a confesar un indio. Esto pasa, reza el cuento, en un pueblecito de la montaña. Va el cura, confiesa al enfermo y ya confesado se encuentra con que no tiene cómo darle la comunión. Los parientes se impacientan y el indio no quiere pasar a mejor vida sin estar confesado y comulgado, como lo manda la santa iglesia. En éstas y las otras, el cura ve bajo unas tablas una cucaracha. El Espíritu Santo le alumbró para salir adelante de aquel atolladero, y antes de extinguirse la sagrada luz de oro, el cura disimuladamente le da caza a la cucaracha, le arranca una ala y del ala toma un pedacito, que en los dedos, ofrece al moribundo:

—¿Crees, hijito, que éste es el cuerpo de Cristo?

—Sí cree, padre

—¿Crees que en esta partícula de la santa forma está el cuerpo de Cristo?

—Sí, padre, sí cree...

—¿Crees que ésta es tu salvación?

—Sí lo cree...

—Pues si así fuere...

A darle de comulgar iba cuando el indio se incorporó y dijo:

—Sí, padre, sí cree, pero no me la trago!

Algo por el estilo pasa con la constitución que hecha y contrahecha, tratan de hacernos pasar. Ala de cucaracha en mano, se acercan su progenitores al pueblo de Guatemala:

—Pueblo, ¿crees que esta constitución guarda tus derechos y te pone al abrigo de las arbitrariedades de tus verdugos?

—Sí, responde, el pueblo, sí, mi querido liberal, sí cree...

—¿Crees que ella es tu salvación?

—Sí, mi suave conservador, sí cree...

—¿Crees que con las adiciones y reformas que imaginara nuestro partido, la constitución

es lo mejor de lo mejor, el no más allá de lo mejor?

—Sí, mi viejo cabrerista, sí cree...

Dicho esto, cuando se trate

de dársela, como el indio, el pueblo de Guatemala, aunque moribundo, dirá:

—Sí cree, pero no me la trago...

Miguel Angel Asturias

París, 1927.

Ensayos

I.—El mundo es del color del espíritu

ESTA frase es de mi invención y me alegro de poder decir lo que quiero en ella: El mundo es del color de nuestro espíritu. En plena juventud, hace apenas unos años, mi espíritu estaba enfermo de pesimismo: el mundo tenía un color gris, y llegó a tener un color negro. Cuando el mundo llegó a tener un color negro, yo me sentía mal: física, moralmente, mentalmente... Y un día aprendí la cosa más grande que yo he aprendido en mi vida, la cosa que yo enseñaría a un hijo para salvarlo de la ignorancia común que destruye y corrompe tantas vidas humanas. Le enseñaría que el mundo es incoloro

como el aire o la luz, y que por eso se ve según el color de nuestro espíritu, como sucede con los cristales... Que uno debe limpiar su espíritu de muchas convencionalidades, prejuicios y convenciones, como quien limpia el polvo de la ventana para ver hacia la calle... Y le diría: «Hijo, el mundo es incoloro, pero a medida que crezcas, tu espíritu se va a volver de color, quizá del color gris con el polvo de la sociedad en que vivas. Ten cuidado en limpiarlo.»

II.—Los sentimientos

ESTAMOS en la orilla del Lago de Michigan. Antes, muchas veces hemos estado en la orilla del mar. ¿Con qué podemos medir, medir los sentimientos

¡Miren qué casamiento, con un difunto en la casa, desde el primer día!...

—¡Bah! ¡no seas pava!—le dije, enojado.—No Cipriano estaba muy viejo, y cualquier día tenía que estirar la pata!... ¡Eso no quiere decir nada; ya sabés... muertos no hablan!... ¡Y, fuera de eso, acordate de lo del ángel y no llores, sonsa!

Medio se calmó con lo que le dije, pero ya quedó sentida para siempre, y asustadiza y tristonosa. ¡Así son las mujeres, compañeros: llenas de agüerías!

Yo tuve que costearme al pueblo, a avisar a la autoridad. A la tarde se presentaron el comisario Barraba, el doctor Calvo, que era médico de policía, y dos milicias. Después de mucho registrar y molernos a preguntas, de cómo había sido, y cómo no, se llevaron a ño Cipriano en un carrito, para abrirlo y ver de qué espichó, y me quedé solo con Carolina, todavía más triste y asustada.

—¡Lo van a achurar al pobre!... ¡Qué desgracia!... ¡Maledetta sorte!

Y volvió a llorar a sollozos.

—¡Miren, la mujer tan grande y tan pazguata... Déjese de llanto, misia Carolina, que eso es de criaturas,—le dije en broma.—¡Para lo que va a sufrir ño Cipriano con que le anden adentro a estas horas! ¡Vaya! vamos a tratar de divertirnos un poco. Los muertos no quieren andar estorbando a los vivos, sino que los dejen quietos.

Récele si gusta, pero vamos a ver si comemos, y bien!

¿No les parece natural? ¡Natural!

Carolina se sosegó un poco, fué a cocinar, comimos después de cerrar la pulpería, yo traté de alegrarla con una punta de dichos y hasta milongas, y tempranito no más nos acostamos... Desde el otro día, principió la vidorria y farra, después de enterrar a ño Cipriano, que resultó bien muerto y sin culpa de nadie.

Los amigos—y ya tenía una punta—caían como moscas a La Polvadera, y yo los obsequiaba lo mejor que podía.

Carolina se pasaba la vida con las ollas y acomodando la casa. Nosotros, para matar el tiempo, y menudeándole a las copas, armábamos jugarretas de truco y taba; después hicimos riñas de gallos, y hasta dimos bailongos en el patio, entre el palenque y la ramada.

En la taba y en las riñas, el comisario—que me había dado permiso, aunque el juego estuviera prohibido en toda la provincia,—no se llevaba más que la mitad de la coima, así es que todo me hubiera salido perfectamente, si no me da la loca por jugar fuerte a mí también.

Como siempre perdía, Carolina principió a rezongar.

—¡Ya decía yo, cuando encontramos al pobre ño Cipriano, que eso había de traer desgracia! ¡Ya todo empieza a andar mal! ¡Oh Madona, Madona mía!

Y estos lloriqueos y rezongos fueron empeorando, empeorando. La gringa echó un genio de la gran perra. Se me quería imponer y teníamos un sin fin de peloterías, pero ¡qué había de poder conmigo, ni qué se iba a poner mis pantalones, que tengo tan bien puestos!... ¡A cada zafarrancho yo, de gusto lo hacía peor, catava una mona, y el vino de reserva era el que pagaba el pato!

Por consejo de un amigote, y aunque rabiara la gringa, hice arreglar bien el camino real, en el retazo que estaba frente a La Polvadera, que quedó parejito como un billar. Y de ahí no más armé carreras los domingos, también con permiso del comisario Barraba, que sabía a veces presentarse a cobrar la coima en persona, para que no hubiese barullo ni peleas—decía.

¡Vieran qué lindas farras! Los paisanos caían que era un gusto, y el beberaje y el fandango duraban desde la mañana hasta ya anochecido, el cajón se nos llenaba de cobres, y yo tenía negocio y diversión a un tiempo.

Pero compré un potrillo zaino, parejero, y esa fué mi perdición.

Una suerte perra me perseguía sin darme alce. Agarraba una taba y ¡zás! culo sin fallar una vez. Al mus siempre había quien se desemporotara primero y ¡a pagar! Al truco ¡parecía cosa del diablo! los compañeros me embromaban con que era capaz

de perder el envido con treinta y tres de mano. Si cantaba flor, me echaban el contraflor el resto, y si caía el bicho de parra, ya podía estar seguro de que el contrario empacaba el de amansar locos para darme en el mate. Mis gallos, cuando no me resultaban juidos, tenían que clavar el pico a las primeras de cambio. «¡Pucha que había sido mulita, amigo!»—me sabían decir los camaradas. Era una maldición, y yo, como es natural, me calentaba más cada vez y buscaba el desquite como un toro furioso.

Y como de uvita a uvita se acaba un parral, los pesos volaban que era un contento. Pero tenía una gran esperanza, que era el potrillo zaino, lindo animal, fino de patas, de pescuezo largo y cabeza chica, delgado, sin ni esto de barriga, voluntario como él solo, y más manso que el overo rosado de la Laguna. Yo mismo le daba de comer, lo bañaba, lo rasqueteaba, y todas las mañanitas salía a varearlo donde no me vieran. Y en unas cuantas largadas que hicimos de baldé y en secreto con unos amigos, el pingo resultó de mi flor. ¡Qué parejero! ¡Con él no me habían de ganar ni por chiripa!

Carolina a todo esto, viendo que la platita se le iba como el agua de una tina sin arcos, comenzó a armarme camorra peor que nunca.

—¡Así no podemos seguir! ¡Estás tirando todo lo que he ga-